




## CAPÍTULO DÉCIMO-NOVENO

### La triple alianza

 En la primavera de mil ochocientos setenta y nueve, alcanzó su mayor grado de violencia la guerra de pluma que, desde la clausura del congreso de Berlín, sostenían entre sí los periódicos oficiosos rusos y alemanes.

El príncipe de Gortchakof tenía el corazón ulcerado de odio y resentimiento, y Alejandro II no disimulaba su despecho, por más que aun conservase á su tío parte del antiguo afecto personal que le profesara. Trató el emperador Guillermo de mitigar la irritación de su sobrino y, valiéndose del feldmariscal Manteuffel, consiguió que aquel le manifestara su deseo de avistarse con él en Alejandrowo, situado en la frontera del imperio. Este asunto preocupó mucho á la prensa alemana, que interpretaba la proyectada entrevista como síntoma de una nueva aproximación de los dos pueblos y cual prueba fehaciente de la inalterable amistad que unía á sus soberanos, á pesar de la rivalidad existente entre los respectivos gobiernos. El acto que iba á realizarse no era, sin embargo, sino la última é inútil tentativa que se hacía para impedir que se consumara un rompimiento, ya inevitable. «En tanto viva el emperador Alejandro, escribía el *Reichsbote*, logrará refrenar las veleidades antigermánicas del partido nacional moscovita, y no es de temer la guerra con Rusia. Más tarde será otra cosa. Rusia entonces seguirá adelante, y encontrará fácilmente aliadas contra nosotros. Es sino de nuestra patria el estar rodeada de enemigos; tócanos, pues, á nosotros hallarnos siempre dispuestos á hacerles frente en todas partes». Parece que el viaje de los dos soberanos no se decidió hasta veinti-

ticuatro horas antes de partir el emperador Guillermo. No llevando éste más que militares en su séquito, los periódicos oficiosos negaron que tuviese carácter político el paso dado por el feldmariscal Manteuffel. Según una nota publicada en *La Gaceta de la Alemania del Norte*, el príncipe de Bismarck había permanecido extraño á las gestiones practicadas por el feldmariscal, correspondiendo exclusivamente al emperador Guillermo la iniciativa de ellas. «No obstante, decía *El Tribuno*, la entrevista, ponga ó no término al duelo de los dos cancilleres, disipará no pocas nubes». Esto era pura ilusión: la entrevista de los dos soberanos, verificada á primeros de Septiembre de mil ochocientos setenta y nueve, no disminuyó en nada la tirantez de relaciones entre los imperios ruso y germánico.

Mucho más importante que ella fué otra que celebraron en Gastein Bismarck y Andrassy, en Agosto del mismo año. Rusia, alentando á los eslavos, aumentaba el malestar interior del imperio de los Hapsburgo, cuyos gobernantes, por otra parte, espían con inquietud los progresos de los *irredentistas* de Italia, no mal vistos por el gobierno de Roma. Alarmado Francisco José, volvió sus miradas casi suplicantes á Prusia, la cual, á su vez, ansiaba concertar con Austria-Hungría una alianza *firme*, que reemplazara al fenecido acuerdo de los tres emperadores. Fuéles, por tanto, fácil á los dos cancilleres ponerse de acuerdo, y bien pronto se estableció entre las dos grandes potencias del centro un cambio de buenos servicios sumamente significativo, presagio del pacto que iba á unirlos muy en breve.

Ya desde fines de mil ochocientos setenta y ocho, se complacía Austria en manifestar sus tendencias germanófilas, consintiendo que se abrogase el artículo quinto del tratado de Praga, en donde se determinaba que los distritos septentrionales del Sleswig serían cedidos á Dinamarca, si su población expresaba libremente por medio del sufragio su deseo de pertenecer á este reino. Algo más tarde, en el verano de mil ochocientos setenta y nueve, el concurso diplomático de Alemania facilitó á su futura aliada la ocupación de Novibazar, de que tomó posesión en el mes de Septiembre. En la segunda quincena de este mes, Bismarck fue á Viena, en donde, olvidando la derrota de Sadowa, le recibieron con grandes agasajos. En fin, el siete de Octubre, los plenipotenciarios de ambos imperios firmaron un tratado de alianza, concebido en los términos siguientes: «Sus Majestades el emperador de Alemania, rey de Prusia, y el emperador de Austria, rey de Hungría, juzgando de su deber irremisible de soberanos velar por la seguridad de sus imperios y la seguridad de sus pueblos en todas las circunstancias; considerando que los dos monarcas podrán cumplir este deber con más facilidad y eficacia por la firme alianza de los dos imperios, y que la íntima unión de Alemania y Austria-Hungría no puede amenazar á nadie, al mismo tiempo que puede ser utilísima para robustecer los arreglos concertados en Berlín relativos á la paz europea, han convenido en contraer una alianza



de paz y de defensa mútua, declarando solemnemente que, de ninguna manera, quieren atribuir á este arreglo puramente defensivo ninguna tendencia agresiva. A este objeto, han nombrado Sus Majestades como plenipotenciarios: el emperador de Alemania, á su embajador extraordinario el teniente general príncipe Enrique de Reuse, y Su Majestad el emperador de Austria, rey de Hungría, á su consejero secreto, ministro de la Casa imperial y de Negocios Extranjeros, teniente general Julio, conde de Andrassy de Ssik-Szent-Kiraly y Kraszna-Harke, etc., que hoy se han reunido en Viena, y después de canjear sus poderes y de haberlos encontrado suficientes, han convenido:

«Artículo 1.º Si, contra lo que es de esperar y contra el sincero deseo de las dos altas partes contratantes, se viere atacado uno de los imperios por Rusia, quedan obligadas ambas á auxiliarse mútuamente con toda la fuerza armada de sus imperios y á hacer la paz en común y de común acuerdo.

Art. 2.º Si una de las altas partes contratantes fuere atacada por otra potencia, se obliga la otra parte, no sólo á no auxiliar al agresor contra su alto aliado, sino á observar, por lo menos, una actitud neutral, benévola, hacia el alto contratante. Pero si la potencia agresora fuere auxiliada por Rusia, ya en forma activa, ya por medidas militares que amenacen al atacado, se pondrá inmediatamente en vigor la obligación fijada en el artículo primero de este tratado, de auxiliarse mútuamente con toda la fuerza armada, y entonces será la guerra de los altos contratantes común hasta hacer la paz en común.

Art. 3.º Este tratado, teniendo en cuenta su carácter pacífico, y para excluir toda interpretación errónea, se conservará secreto por los altos contratantes, y será comunicado á una tercera potencia sólo previo acuerdo de las dos partes y conforme á un convenio especial. Los dos altos contratantes tienen la esperanza, expresada por las intenciones que ha manifestado el emperador Alejandro en la entrevista de Alexandrowo, de que los armamentos de Rusia no resultarán en realidad amenazadores para ellos, no teniendo por este motivo que comunicar nada por ahora; pero si esta esperanza resultara errónea, contra toda probabilidad, considerarían un deber de lealtad decir, á lo menos confidencialmente, al emperador Alejandro, que tendrían que mirar el ataque contra uno de ellos como dirigido contra los dos. En virtud de lo cual, han firmado los dos plenipotenciarios este tratado de su propia mano, y han añadido sus correspondientes armas».

El emperador Guillermo, por un resto de amistad á Alejandro de Rusia, opuso algunas dificultades á ratificar este tratado; sin embargo, cedió ante la amenaza de dimitir su cargo, formulada por el príncipe de Bismarck. La conclusión de la alianza austro-alemana fué el último acto político realizado por el conde de Andrassy, el cual se retiró del poder para no dar á entender que aprobaba la ocupación de Novibazar, que alarmó á los húngaros. Sucedíole en el ministerio de Negocios Extranjeros el barón de Haimperlé, por él elegido y recomendado al emperador.

La alianza austro-alemana, aunque concertada en secreto, no tardó en ser conocida de los gabinetes. Como reacción provocada por ella, pudo creerse al pronto que iba á formarse una contra-liga entre Inglaterra, Francia y Rusia. Realmente, el cambio que experimentó la política inglesa, en mil ochocientos ochenta, prestaba apariencias de verosimilitud á esta hipótesis. Bajo el ministerio Disraëli, la política exterior de la Gran Bretaña había sido emprendedora y agresiva, como sabemos. Durante él, el príncipe de Gales visitó la India, según queda dicho, prestándole sus homenajes los príncipes vasallos. Dos años después, la reina Victoria era proclamada *emperatriz de las Indias*, en una reunión extraordinaria de príncipes celebrada en Delhi, la antigua capital del Mogol. Habiéndose negado el emir del Afghanistan á recibir una embajada inglesa, á poco de haber acogido amistosamente otra que le enviara Rusia, tres columnas británicas invadieron su territorio y le expulsaron de su capital. Al mismo tiempo, estallaba la guerra en Africa. Los Estados de origen boér no accedieron á la pretensión de Inglaterra, que quería entrasen en una federación del Africa Austral, puesta bajo la dirección del gobierno británico: éste decretó la anexión del Transvaal, y los boers se rebelaron. Disraëli, además, mandó una expedición contra los zulúes, en que debía morir, á la edad de veintitrés años, peleando como voluntario, el príncipe Napoleón, hijo único de Napoleón III y esperanza de los bonapartistas. Los liberales denunciaban estas guerras y los sacrificios que imponían al país, diciendo que el pretexto elegido para intervenir en el Afghanistan era tan fútil como el invocado por Francia para conquistar á Argelia: según una frase célebre de Gladstone, pedían una política de *manos limpias*. Ya hemos dicho qué conducta observó Inglaterra durante el conflicto ruso-turco y en el congreso de Berlín. A su vuelta de esta reunión, lord Beaconsfield fué recibido triunfalmente en Londres; una multitud inmensa acompañó su coche y se apiñó frente á su hotel; Disraëli se asomó al balcón y exclamó en medio de unánimes aplausos: «Salisbury y yo os traemos la paz, la paz con honra; así lo espero.» Le aconsejaron entonces que disolviese la Cámara, aprovechando el crédito adquirido para obtener nueva mayoría en las elecciones; él, sin embargo, dejó transcurrir dos años sin adoptar aquella medida. Durante ellos, su popularidad decreció considerablemente. Los gastos de la política de intervención eran enormes, y los presupuestos se cerraron con *déficit*, siendo así que, en tiempo de Gladstone, siempre se saldaban con *superabit*. Hubo que aumentar el *income tax*, impuesto provisional en teoría, cuya abolición prometieran los liberales. Al par que las cargas eran más pesadas, disminuía la prosperidad de Inglaterra. La industria y el comercio sufrían pérdidas de importancia y, á causa de la concurrencia de Ultramar, bajaba el precio de los productos agrícolas. La crisis agraria revistió carácter muy agudo en el año de mil ochocientos setenta y nueve á mil ochocientos ochenta, en que la recolección fué escasisima, tanto en la Gran Bretaña como en Irlanda. Así es que, cuando



Beaconsfield se decidió á disolver la Cámara, el veinticuatro de Mayo de mil ochocientos ochenta, el descontento había llegado á su colmo y los liberales triunfaron por gran mayoría en las elecciones. Disraëli se retiró, sobreviviendo poco á su caída. Sus admiradores honran justamente su memoria, como restaurador del torismo. Al abandonar lord Beaconsfield el poder, la reina encargó sucesivamente á lord Hartington y á lord Granville la formación de nuevo ministerio; mas ninguno de los dos se plegó á satisfacer los deseos de la soberana, por considerar ambos que á quien debía llamarse era á Gladstone. A la reina Victoria no le era nada simpático el jefe liberal, porque sostenía las prerrogativas del parlamento con tanta firmeza como Disraëli las del trono: cuéntase que dijo de él, en una ocasión: «Es el único ministro que no me ha tratado ni como mujer ni como reina.» Tuvo, no obstante, que vencer su repugnancia y confiar la presidencia del gabinete al ilustre estadista. Gladstone rectificó en un todo, desde el primer momento, la política de su antecesor. En Irlanda, el malestar y la agitación habían alcanzado proporciones desmesuradas bajo el último ministerio: el partido del *home rule*, ó de la autonomía irlandesa, se mostraba más resuelto que nunca, así en la prensa como en el parlamento; la liga agraria, recién formada, excitaba á los colonos á no pagar sus arriendos, y multiplicábase de un extremo á otro de la antigua Erin los crímenes contra la propiedad y contra las personas. Gladstone hizo á Irlanda objeto de su especial solicitud. En los asuntos internacionales, el partido liberal amoldó sus actos á los principios constantemente mantenidos por él. Ofreció un armisticio á los boers y, no curándose de tomar venganza de la derrota de Majuba, les concedió la autonomía, reservando únicamente al Reino-Unido la facultad de intervenir en sus relaciones exteriores. En el Afganistan, consiguió salir airosamente de una situación muy embrollada, no pretendiendo anexionarse aquel territorio, sino limitándose á hacer observar al emir el tratado de mil ochocientos setenta y ocho, que daba á la India parte de las *fronteras científicas* reclamadas por Beaconsfield: dos comisiones militares, rusa la una é inglesa la otra, quedaban encargadas de delimitar la frontera septentrional afghana. En fin, relajada algo la vigilancia inglesa en el Turquestán, los rusos pudieron seguir sus conquistas en esta región.

Las tendencias que revelaban todos estos actos autorizaban, pues, á pensar que el nuevo ministerio inglés quería complacer al mismo tiempo á Rusia y á Francia. Así, como hemos visto, ayudó eficazmente á la primera, cuando llegó la hora de ejecutar las cláusulas del tratado de Berlín concernientes al Montenegro, y á la segunda, al aplicarse las que se referían á Grecia. Por otra parte, el nuevo aspecto de la política en Francia parecía también deber facilitar la inteligencia entre este país y la Gran Bretaña, y la trágica muerte de Alejandro II, ocurrida á poco, favorecer el acuerdo anglo-franco-ruso.

En Francia, en efecto, se habían desvanecido las últimas esperanzas de los monárqui-

cos. Fracasada la tentativa del diez y seis de Mayo, sometido el mariscal, según la frase de Gambetta, y lanzado del poder el duque de Broglie, el nuevo ministerio planteó una política honradamente liberal, templada y de verdadera pacificación. Muchos hombres eminentes, que hasta entonces se mostraran vacilantes ú hostiles, reforzaron las filas de los republicanos moderados. Con ocasión de cumplirse, el treinta de Mayo de mil ochocientos setenta y ocho, el primer centenario de la muerte de Voltaire, se anunciaron manifestaciones de carácter opuesto, que permitieron al gobierno dar pruebas de su espíritu conciliador y prudente. Algunos literatos y cierto número de republicanos proyectaron celebrar aquella fecha: unos sólo trataban de rendir un homenaje á la memoria del gran escritor, del defensor de Cabás y de Laberre, del apóstol de la tolerancia religiosa; otros querían contrarrestar la propaganda de los desmandados clericales, reeditando los pasajes de las obras de Voltaire donde más sañudamente, ó con más acerba ironía se atacaba al cristianismo. La mayor parte de los católicos permanecieron extraños á la agitación que se produjo, y aquellos que, volviendo la espalda á la religión, ponían sus esperanzas en la ciencia, pensando formalmente en «descristianizar» á Francia, iban á buscar sus armas de combate á un arsenal más moderno y mejor provisto. El veintiuno de Mayo, monseñor Dupanloup preguntó al presidente del ministerio, si se perseguiría ante los tribunales al editor del volumen del centenario. La contestación de Dufaure fué muy notable «..... ¡Intentáis, señores, perseguir hoy ante el jurado á Voltaire! No os habla un adorador de Voltaire; estoy bien lejos de serlo. La sociedad en que aquel pasó su vida fué, en no pocas relaciones, cómplice de casi todo lo que puede encontrarse en sus obras digno de censura. Él ejerció sobre ella, merced á su genio incontestable, una influencia perniciosa, y ella, á su vez, le dominó frecuentemente y contribuyó á sus extravíos. Tal es mi opinión. Pero, al mismo tiempo, os declaro que si nuestras costumbres y relaciones sociales se han suavizado tanto, si se han difundido entre nosotros ideas y hábitos de tolerancia, como seguramente no existían en su época, si se han dulcificado nuestras leyes criminales, si estamos menos expuestos á sufrir ó á presenciar grandes iniquidades judiciales, creo firmemente que, en gran parte, se lo debemos á él..... Hay en su vida grandes cosas y cosas detestables; á la posteridad toca establecer la separación entre unas y otras; ya lo ha hecho, y es sumamente peligroso llamar la atención del público acerca de esto».

El editor de Voltaire no fué perseguido; mas el centenario se celebró á puerta cerrada. El gobierno se mantuvo imparcial, y así como negó permiso á los republicanos y libre-pensadores para ir en manifestación pública al pie de la estatua de Voltaire, tampoco se lo concedió al partido católico para ir del propio modo, en son de protesta, al pié de la estatua de Juana d'Arc. Con motivo del supuesto antagonismo de estas dos glorias nacionales de Francia, dijo Gambetta: «Tengo el espíritu bastante libré para ser á la vez